

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, B., *Imagen y representación de los gitanos en la Edad Moderna. De peregrinos a perseguidos*, Madrid: Sílex-Universidad. Historia, 2021. ISBN: 9788419077066.

---

DOI: 10.24197/erhbm.10.2023.213-215.

Si Jo Guli y David Armitage arrancaron su famoso *Manifiesto por la Historia* poniéndole nombre al fantasma que recorría nuestra época, a saber, el corto plazo, la obra que reseñamos podría considerarse en las antípodas de ese mal espectro. No en vano la autora deja escrito desde las primeras páginas un objetivo que rompe cualquier tentación de caer en lo inmediato: reconstruir el proceso histórico que se esconde detrás de la representación como colectivo marginado de los gitanos. Es de aplaudir el atrevimiento de Blanca Rodríguez Hernández, de quien no se puede decir que sea una total desconocida en la materia. La tesis doctoral que da origen a este libro (dirigida por María Concepción de la Peña Velasco y Juan Hernández Franco) da buena prueba de sus dotes como investigadora. Sin embargo, la obra publicada por la editorial Sílex y auspiciada por Francisco García González, quien la prologa, se dirige en esta ocasión a un público mucho más amplio y no necesariamente especializado a quien sirve una notable síntesis de conocimiento generado durante años de trabajo entre catálogos de pintura, legajos, crónicas y bibliografía especializada.

La bella factura de la edición y el buen manejo del idioma ayudan a comunicar al lector los resultados de un trabajo que destaca por su seriedad y claridad, dos notas que se perciben desde la formulación de un índice bien estructurado a partir de seis capítulos, precedidos de una introducción y coronados por unas conclusiones coherentes con el desarrollo previo. En el primero de esos capítulos, *Los orígenes. El largo viaje: de la India a Europa*, la autora lleva a cabo un breve análisis de los puntos más destacados acerca del debate sobre el origen del colectivo gitano y su presencia en el viejo Continente a comienzos del siglo XV. Apoyada en un sólido aparato crítico, Rodríguez Hernández plantea las diversas interpretaciones propuestas por la investigación así como los primeros clichés que acompañaron a los gitanos desde los albores de la Modernidad:

vida errante, uso de apelativos nobiliarios, dedicación a las prácticas adivinatorias, facilidad para el robo, etc. Esas características comenzarán a definir la imagen de los gitanos en buena parte de la Europa de finales del siglo XV y principios del siglo XVI como un colectivo cuya presencia, en palabras de la autora, se tornaba “molesta e incómoda, teniendo que quedarse a las puertas de las ciudades sin ser recibidos” (p. 42).

El desarrollo de la primera gran caracterización del colectivo se analiza con detalle en el segundo capítulo, *Configurando la imagen de los gitanos: 1470-1530*. La autora profundiza en las recreaciones artísticas más remotas y significativas del mundo familiar, lúdico y profesional de los gitanos a partir del examen de determinadas obras entre las que sobresale la serie de tapices de Tournai. Los rasgos distintivos que poco a poco iban asociándose a los gitanos coincidieron en el siglo siguiente con la adopción de las primeras medidas represivas y de castigo/expulsión contra ellos. Así se estudia en el capítulo tercero, *El tránsito del XVI al XVII. La difícil adaptación*, en el que Rodríguez Hernández analiza la recepción de la imagen gitana en algunos de los libros de indumentaria más populares de la época (Desprez, Boissard, Vecellio) para llegar a la siguiente conclusión: “a pesar de llevar 150 años y más viviendo en Europa y sucederse varias generaciones de ellos, siendo, por tanto, europeos de pleno derecho por razones de nacimiento, la percepción social los consideraba, tantos años después, no como una sociedad paralela a la dominante, sino unos extranjeros, unos orientales...” (p. 82).

Fruto de esa apariencia perturbadora, los gitanos van a ser representados en el siglo XVII de manera mucho menos distinguida que al principio. Lo escribe la propia autora en el capítulo cuarto: “El repertorio iconográfico (...) asistirá a un imparable proceso de degradación en las ropas que hará desaparecer en ellas cualquier vestigio de distinción, color e higiene. Los hombres, que nunca tuvieron un traje homogéneo, están menos representados y serán vistos frecuentemente en actividades referidas a los animales” (p. 115). A la pauperización y degeneración en la representación tanto femenina como masculina se le acompaña de una localización recurrente que los va a situar, a partir de entonces, casi exclusivamente en el fondo de imponentes pasajes naturales, lo que refuerza todavía más la idea de los gitanos como “hombres sin historia”. Ese halo de vida errante es seguido en obras destacadas como la serie de cuatro aguafuertes elaborada por Jacques Callot conocida como *Les Bohémiens* (1621-1625).

Poco variará la imagen de los gitanos en el setecientos. Se trata de un siglo que, como estudia la autora en el capítulo quinto, se caracterizó por el desarrollo de ideas sobre la tolerancia, libertad individual, educación... que, sin embargo, no cristalizaron en un trato aparentemente distinto hacia determinadas minorías como la gitana. De hecho en el XVIII se van a acometer algunas de las más sonadas medidas contra este colectivo en buena parte de Europa, desde las adoptadas en España por el marqués de la Ensenada en 1749, hasta los sucesos acaecidos previamente en el estado alemán de Hesse en el año 1726. La imagen y las recreaciones del mundo romaní en esta centuria los seguirá presentando en un entorno cercano siempre al robo y al ejercicio de prácticas adivinatorias, características que se traslucen en la obra de Johann G. Trautmann, *Gitanos con su botín*. Los artistas ingleses, por su parte, seguirán proyectando en su pintura la imagen de los gitanos como seres desplazados que buscan el ocultamiento en zonas boscosas, lo que se deriva, entre otros, de retratistas como Thomas Gainsborough, John Wooton, Thomas Rowlandson o George Morland.

El estudio de Rodríguez Hernández concluye con un interesante sexto capítulo en el que se revisa el tratamiento de la cuestión gitana en la pintura de temática religiosa. La autora pone de manifiesto y analiza algunos de los estereotipos más repetidos a través de los cuales se pueden seguir ciertos “rasgos” gitanos en la representación de María Magdalena, Santa Isabel, la Virgen María, San Juan Bautista o algunas escenas de Jesús en el Gólgota.

Un capítulo de conclusiones acompañado de un breve anexo documental cierra una obra de indudable valor historiográfico. La autora ha sabido construir una propuesta que le ha permitido analizar en la larga duración la fijación y evolución de la imagen del colectivo gitano en la Edad Moderna. A nuestro juicio, el edificio teórico, metodológico y documental que desde el campo de la historia del Arte ha conseguido levantar Blanca Rodríguez Hernández debe contarse desde este momento como uno de los más importantes a la hora de saber “mirar” y analizar a otros colectivos marginados y minoritarios en la sociedad desigual, diferenciada y jerárquica del Antiguo Régimen.

Francisco Precioso Izquierdo.  
Universidad de Murcia.  
c.e.: fpi13824@um.es.